

quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba : la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse D. Quijote en pie, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces : afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy D. Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones ; y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas : ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de D. Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor D. Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea : acudió el Duque á despartirla, y D. Quijote dijo á voces : no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es D. Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñía y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó y le echó por la reja : quedó D. Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo : todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la gozes, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió D. Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesaroso del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa

le saliera á D. Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

## CAPITULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y asi como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pages á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page puso un babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un page alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara: no se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y asi mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed;

y el que mucho bebe , mata y consume el húmedo radical , donde consiste la vida. Desá manera aquel plato de perdices que estan allí asadas , y á mi parecer bien sazoadas , no me harán algun daño. A lo que el médico respondió : esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿ Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió : porque nuestro maestro Hipócrates , norte y luz de la medicina , en un aforismo suyo dice : *omnis saturatio mala , perdicis autem pessima*. Quiere decir : toda hartazga es mala , pero la de las perdices malísima. Si eso es así , dijo Sancho , vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa , cuál me hará mas provecho y cuál menos daño , y déjeme comer dél , sin que me le apalee , porque por vida del gobernador , y así Dios me la deje gozar , que me muero de hambre , y el negarme la comida , aunque le pese al señor doctor , y él mas me diga , antes será quitarme la vida , que aumentármela. Vuesa merced tiene razon , señor gobernador , respondió el médico , y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí estan , porque es manjar pe- liagudo : de aquella ternera , si no fuera asada y en adobo , aun se pudiera probar , pero ne hay para qué. Y Sancho dijo : aquel plato- nazo que está mas adelante vahando , me parece que es olla podrida , que por la diversidad de cosas que en las tales ollos podridas hay , no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit* , dijo el médico , vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento : no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida : allá las ollas podridas para los canónigos , ó para los retores de colegios , ó para las bodas labradorecas , y déjennos libres las mesas de los gobernadores , donde ha de asistir todo primor y toda atildadura ; y la razon es , porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas , porque en las simples no se puede errar , y en las compuestas sí , alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas : mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla , es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo , que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla , y miró de hito en hito al tal médico , y con voz grave le preguntó cómo se llamaba , y dónde habia estudiado. A lo que él respondió : yo , señor gobernador , me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero , y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera , que está entre Caracuel y Almodobar del Campo á la mano derecha , y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en

cólera : pues , señor doctor Pedro Recio de mal agüero , natural de Tirteafuera , lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodobar del Campo , graduado en Osuna , quíteseme luego de delante ; si nó voto al sol que tome un garrote , y que á garrotazos , comenzando por él , no me ha de quedar médico en toda la insula , á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes ; que á los médicos sabios , prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza , y los honraré como á personas divinas : y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí , si nó tomaré esta silla donde estoy sentado , y se la estrellaré en la cabeza ; y pídanmelo en residencia , que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico , verdugo de la república ; y dénme de comer , ó si nó tómense su gobierno , que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador , y quiso hacer tirteafuera de la sala , sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle , y asomándose el maestresala á la ventana volvió diciendo : correo viene del Duque mi señor , algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado , y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador , y Sancho le puso en las del mayordomo , á quien mandó leyese el sobrescrito , que decia así : *A Don Sancho Panza , gobernador de la insula Barataria , en su propia mano , ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho dijo : ¿ quién es aquí mi secretario ? y uno de los que presentes estaban respondió : yo , señor , porque sé leer y escribir , y soy vizcaino. Con esa añadidura , dijo Sancho , bien podeis ser secretario del mismo emperador : abrid ese pliego , y mirad lo que dice. Hizolo así el recién nacido secretario , y habiendo leído lo que decia dijo , que era negocio para tratarie á solas. Mandó Sancho despejar la sala , y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala , y los demás y el médico se fueron ; y luego el secretario leyó la carta , que así decia :

« A mi noticia ha llegado , señor don Sancho Panza , que unos  
 » enemigos míos y desa insula la han de dar un asalto furioso , no  
 » sé qué noche : conviene velar y estar alerta , porque no le to-  
 » men desapercibido. Sé tambien por espías verdaderas que han  
 » entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros  
 » la vida , porque se temen de vuestro ingenio : abrid el ojo , y mi-  
 » rad quien llega á hablaros , y no comais de cosa que os pre-  
 » sentaren. Yo tendré cuidado de socorremos si os viéredes en tra-  
 » bajo , y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento.

» Deste lugar á diez y seis de agosto, á las cuatro de la mañana.  
» Vuestro amigo el Duque. »

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo: lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre. También, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas: y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos á mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi muger Teresa Panza, que en ello recibirá mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor D. Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos como buen secretario y como buen vizcaino podeis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento: y álzense estos manteles, y denme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi insula. En esto entró un page, y dijo: aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dijo Sancho, destes negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio. No señor, respondió el page, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno como el buen pan. No hay que temer, dijo

el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan, y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará V. S. satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le achaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué: ¿quién es aquí el señor gobernador? Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla. Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósele Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo: yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra muger no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuéades agora viudo. No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho: adelante hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linage son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece

sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengonado: y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser á causa de que ella está agoviada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los pies á la cabeza: ¿qué es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadidas. Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caido una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tene una condicion de un ángel, y sino es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que quierra que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller; digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejeis de decir por empa-

cho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador : y apenas dijo esto , cuando levantándose en pie el gobernador asió de la silla en que estaba sentado , y dijo : voto á tal , don patan , rústico y mal mirado , que si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia , que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa bellaco , pintor del mesmo demonio , ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Va de mí, digo, si nó por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no ha dia y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á D. Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias : en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia por mínimas que sean.

### CAPITULO XLVIII.

De lo que le sucedió á D. Quijote con Doña Rodriguez la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Ademas estaba mohino y malencólico el mal ferido D. Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato : desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el persegui-miento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad demi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia,

trasformada en cebolluda labradora , ora en ninfa del dorado Tajo , tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren , que adonde quiera eres mia , y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama , envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo , una galocha en la cabeza , y el rostro y los bigotes vendados , el rostro por los aruños , los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen : en el cual trage parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta , y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora , vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas , tanto que la cubrian y enmantaban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida , y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos , á quien cubrian unos muy grandes antojos : venia pisando quedito , y movia los pies blandamente. Miróla D. Quijote desde su atalaya , y cuando vió su adeliño y notó su silencio pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel trage á hacer en él alguna mala fechoría , y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuese llegando la vision , y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos , y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quijote ; y si él quedó medroso en ver tal figura , ella quedó espantada en ver la suya , porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban , dió una gran voz diciendo : Jesus ! ¿ qué es lo que veo ? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos , y viéndose á oscuras volvió las espaldas para irse , y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida. D. Quijote temeroso comenzó á decir : conjúrote , fantasma , ó lo que eres , que me digas quién eres , y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena dímelo , que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzan , porque soy católico cristiano , y amigo de hacer bien á todo el mundo , que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso , cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña , que oyó conjurarse , por su temor coligió el de D. Quijote , y con voz afligida y baja le respondió : señor D. Quijote ( si es que acaso vuesa merced es D. Quijote ) , yo no soy fantasma ni vision , ni alma de purgatorio , como vuesa merced debe de haber pensado , sino Doña Rodriguez , la dueña de honor de mi señora la Duquesa , que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar , á vuesa merced vengo. Dígame , señora Doña Rodriguez , dijo D. Quijote , ¿ por ventura viene vuesa

merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par balleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora Doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. ¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: sí que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¿quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguileña; ¿y quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera pues catterva dueñesca, inutil para ningun humano regalo: ¡ó cuán bien hacia aquella señora de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sola aquellas estatuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se levantó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á D. Quijote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin temió de nuevo, y retirándose atras como dos pa-



yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa madre iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entonces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejar de contarle, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y asi como mi buen escudero le vió volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: ¿qué haceis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y dijole: seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldía que en ella estaba. Vinose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerté. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á cuestras, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labranderá, mi señora la Duquesa,

que estaba recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias y viniendo dias creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas á menos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables: y póngasele á vuesa merced por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mozedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato: y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija no la llega con dos leguas: porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidora tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida: ademas que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la Duquesa..... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. ¿Qué tiene mi señora la Duquesa por vida mia, señora Doña Rodriguez? preguntó D. Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor D. Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despre-

ciando el suelo , que no parece sino que va derramando salud donde pasa ? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor , de quien dicen los médicos que está llena. ¡ Santa María ! dijo D. Quijote ; ¿ y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos ? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos ; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice, debe de ser asi ; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor , sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó D. Quijote de decir esta razon cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento , y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodriguez la vela de la mano , y quedó la estancia como boca de lobo , como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer china le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion : y aunque D. Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca ; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á D. Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, salieron las fantasmas, recogió Doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á D. Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos doseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto ; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

## CAPITULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su insula.

Dejamos al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho ; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de

la carta del Duque habia vuelto á entrar en la sala : ahora verdaderamente que entendió que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes , que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen , atendiendo solo á su negocio , venga lo que viniere ; y si el pobre del juez no los escucha y despacha , ó porque no puede , ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia , luego le maldicen y murmuran , y le roen los huesos , y aun le deslindan los linages. Negociante necio , negociante mentecato , no te apresures , espera sazon y coyuntura para negociar : no vengas á la hora del comer ni á la del dormir , que los jueces son de carne y de hueso , y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide , sino es yo , que no le doy de comer á la mia , merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera , que está delante , que quiere que muera de hambre , y afirma que esta muerte es vida , que asi se la dé Dios á él y á todos los de su ralea , digo á la de los malos médicos , que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente , y no sabian á qué atribuirlo , sino á que los oficios y cargos graves , ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el doctor Pedro Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche , aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador , y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar ; y aunque el tiempo , al parecer suyo , se estaba quedo sin moverse de un lugar , todavía se llegó por él tanto deseado , donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla , y unas manos cocidas de ternera algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan , faisanes de Roma , ternera de Sorrento , perdices de Moron , ó gansos de Lavajos , y entre la cena volviéndose al doctor le dijo : mirad , señor doctor , de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos , porque será sacar á mi estómago de sus quicios , el cual está acostumbrado á cabra , á vaca , á tocino , á cenica , á nabos y á cebollas , y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre , y algunas veces con asco : lo que el maestra sala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas , que mientras mas podridas son , mejor huelen , y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere , como sea de comer , que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia : y no se burle nadie conmigo , porque , ó somos ó no somos : vivamos todos y comamos en buena paz y compañía , pues cuando Dios amanece para todos amanece ; yo gobernaré

esta insula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver marivallas: no si nó haceos miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta insula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta insula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿digo algo, ó quiebrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podia formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron todos quedos, y el uno dellos dijo: aquí de Dios y del rey; cómo, ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltar en él en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro

contrario dijo : señor gobernador , yo la diré con toda brevedad : vuesa merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero mas de mil reales , y sabe Dios cómo ; y hallándome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia : alzóse con la ganancia ; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo menos de barato , como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo , que estamos asistentes para bien y mal pasar , y para apoyar sinrazones y evitar pendencias , él embulsó su dinero y se salió de la casa : yo vine despechado tras él , y con buenas y cortezes palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales , pues sabe que yo soy hombre honrado , y que no tengo oficio ni beneficio , porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron ; y el socarron , que es mas ladron que Caco , y mas fullero que Andradilla , no queria darme mas de cuatro reales , porque vea vuesa merced , señor gobernador , qué poca vergüenza y qué poca conciencia ; pero á fe que si vuesa merced no llegara , que yo le hiciera vomitar la ganancia , y que habia de saber con cuántas entraba la romana . ¿Qué decis vos á esto ? preguntó Sancho . Y el otro respondió que era verdad quanto su contrario decia , y no habia querido darle mas de cuatro reales porque se los daba muchas veces ; y los que esperan barato han de ser comedidos , y tomar con rostro alegre lo que les dieren , sin ponerse en cuentas con los gananciosos , si ya no supiesen de cierto que son fulleros , y que lo que ganan es mal ganado ; y que para señal que él era hombre de bien , y no ladron , como decia , ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada , que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen . Así es , dijo el mayordomo ; vea vuesa merced , señor gobernador , qué es lo que ha de hacer destes hombres . Lo que se ha de hacer es esto , respondió Sancho : vos , ganancioso , bueno ó malo , ó indiferente , dad luego á este vuestro acuchillador cien reales , y mas habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel : y vos , que no teneis oficio ni beneficio , y andais de nones en esta ínsula , tomad luego esos cien reales , y mañana en todo el dia salid desta ínsula desterrado por diez años , so pena si lo quebrantáredes los cumplais en la otra vida colgándoos yo de una picota , ó á lo menos el verdugo por mi mandado , y ninguno me replique , que le asentaré la mano . Desembolsó el uno , recibió el otro , este se salió de la ínsula , y aquel se fué á su casa , y el gobernador quedó diciendo : ahora yo podré poco , ó quitaré estas casas de juego , que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales . Esta á lo menos , dijo un escribano , no la podrá vuesa merced quitar , porque

la tiene un gran personaje, y mas es sin comparacion lo que él pierde al año que lo que saca de las naipes : contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas ; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo : señor gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente ; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas. ¿ Por qué huías, hombre ? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió : señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿ Qué oficio tienes ? Tejedor. ¿ Y qué tejes ? Hierros de lanzas con licencia buena de vuesa merced. ¿ Graciosico me sois ? ¿ de chocarrero os picais ? Está bien : ¿ y adónde ibades ahora ? Señor, á tomar el aire. ¿ Y adónde se toma el aire en esta ínsula ? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy á propósito ; discreto sois, mancebo ; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asilde, ola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿ Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel ? respondió Sancho ; ¿ no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere ? Por mas poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿ Cómo que no ? replicó Sancho : llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo : el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿ tienes algun ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar ? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razon y vengamos al punto. Prosuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda ; con todo esto,

si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconsejoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque topareis con alguna que os dé con la burla en los cascós. Fuese el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino muger, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una muger al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redcilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljofar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y asi estaban dudosos esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: no puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo dijo á Sancho: haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandó asi el gobernador, apartáronse todos, sino fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazonca,

arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra : y mas , que decis que es vuestro padre, y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho. Ahora , señores, yo estoy turbada , y no sé lo que me digo, respondió la doncella ; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuestras mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Asi es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo : si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habreis, señores, desengañado, pues me habeis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario se llegó al oido del maestresala, y le dijo muy paso : sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal trage y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que á mi madre come la tierra : en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, ha muchos dias y meses que me trae muy desconsolada : quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mismas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto : él me lo declaraba por los mejores modos que sa-

bia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente por abreviar el cuento de mi perdicion digo que yo rogué y pedi á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara : y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo : prosiga vuesa merced , señora , y acabe de decirnos lo que le ha sucedido , que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella , aunque muchas lágrimas sí que llorar , porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestra la belleza de la doncella , y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo , y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba , sino aljofar ó rocío de los prados , y aun las subia de punto , y las llegaba á perlas orientales , y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia , y dijole que acabase de tenerlos mas suspensos , que era tarde , y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo : no es otra mi desgracia , ni mi infortunio es otro , sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos , y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese : él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo , y poniéndome este vestido , y él vistiéndose de otro mio , que le está como nacido , porque él no tiene pelo de barba , y no parece sino una doncella hermosísima , esta noche debe de haber una hora poco mas ó menos nos salimos de casa , y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso hemos rodeado todo el pueblo , y cuando queríamos volver á casa vimos venir un gran tropel de gente , y mi hermano me dijo : hermana , esta debe de ser la ronda , aligera los pies y pon alas en ellos , y vente tras mí corriendo , porque no nos conozcan , que nos será mal contado ; y diciendo esto volvió las espaldas , y comenzó , no digo á correr , sino á volar : yo á menos de seis pasos caí con el sobresalto , y entonces llegó el ministro de la justicia , que me trujo ante vuestras mercedes , adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto , señora , dijo Sancho , ¿ no os ha sucedido otro desman alguno , ni zelos , como vos al principio de vuestro cuento dijistes , no os sacaron de vuestra casa ? No me ha sucedido nada , ni me sacaron zelos , sino solo el deseo de ver mundo , que no se extendia á mas que á ver las calles deste lugar : y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia llegar los corchetes con su hermano preso , á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traia sino un falde-

llin rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron como venia en aquel trage, y él con no menos vergüenza y empacho contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapazería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion solo por curiosidad sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Asi es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuestas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuestas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la muger y la gallina por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y asi se encaminaron hácia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados asi de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por muger á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del Duque; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

## CAPITULO L.

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á D. Quijote, con el suceso que tuvo el page que llevó la carta á Teresa Panza, muger de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de D. Quijote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de D. Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la Duquesa, de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de D. Quijote. La Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con D. Quijote. El Duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la Duquesa que la Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza entraron de golpe en el aposento y acrebillaron á D. Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mugeres despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con D. Quijote, despachó al page que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno, á Teresa Panza su muger con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia, que el page era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mugeres, á quien preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una muger llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado D. Quijote de la Mancha, á cuya pregunta se levantó

en pie una mozuela que estaba lavando, y dijo : esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el page, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años poco mas á menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgrenada, saltó delante de la calzagadura del page, y dijo : venga vuesa merced, que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias ha de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el page, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta : salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al page á caballo le dijo : ¿qué es esto, niña, qué señor es este? Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el page, y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa diciendo: deme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien asi como muger legitima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria. ¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones y muger de un escudero andante, y no de gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el page, es muger dignísima de un gobernador archidignísimo : y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo : esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dijo : que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo D. Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Asi es la verdad, respondió el page, que por respeto del señor D. Quijote es ahora el señor Sancho gober-

nador de la insula Barataria, como se verá por esta carta. Léamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mismo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia desta manera:

« Amiga Teresa : las buenas partes de la bondad y del ingenio  
 » de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi  
 » marido el Duque le diese un gobierno de una insula de muchas  
 » que tiene. Tengo noticia que gobierna como un girifalte, de lo  
 » que yo estoy muy contenta, y el Duque mi señor por el consi-  
 » guiente, por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme  
 » engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero  
 » que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen  
 » gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho  
 » gobierna. Ahí le envío, querida mia, una sarta de corales con ex-  
 » tremos de oro : y me holgara que fuera de perlas orientales ;  
 » pero quien te da el hueso no te querria ver muerta : tiempo ven-  
 » drá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo  
 » que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígale de mi parte  
 » que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos lo  
 » piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme  
 » hasta dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su  
 » mano; y escíbame largo, avisándome de su salud y de su bien  
 » estar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas  
 » que boquear, que su boca será medida : y Dios me la guarde.  
 » Deste lugar, su amiga que bien la quiere,

» La Duquesa. »

Ah! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena y qué llana y qué humilde señora : con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora con ser Duquesa me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin; que por gordas las pueden venir

á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolas el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba mi señora la Duquesa que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el page, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo le envia para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco comenzó á bailar y á decir: á fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no sino tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra locura sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las avemarias y los padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leído; y preguntó el bachiller quién habia traído aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos tornó á admirarse de nuevo, y dijo: por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destes presentes: por una parte veo y toco la fineza destes corales, y por otra leo que una Duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos á ver el portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo asi, y volvióse

Teresa con ellos. Hallaron al page cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al page, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortesamente, y él á ellos, le preguntó Sanson les dijese nuevas asi de D. Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habian leído las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué seria aquello del gobierno de Sancho, y mas de una ínsula, siendo todas ó las mas que hay en el mar mediterráneo de su magestad. A lo que el page respondió: de que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó nó la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan vuestas mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas; con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al page: dígame, señor, ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es gobernador? No he mirado en ello, respondió el page; pero sí debe de traer. ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el page. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas cuando Teresa dijo: señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun, que si me enoja me tengo de ir á esa corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y

cómo va sentada y tentida en el coche como si fuera una papasa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo : y ándeme yo caliente, y riase la gente. ¿Digo bien, madre mia? Y como que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que asi como lo es tuyo lo es de los refranes) cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala : no sino dormíos, y no respondais á las venturas y buenas dichas que estan llamando á la puerta de vuestra casa. ¿Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere cuando me vea entonada y fantasiosa : vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas? Oyendo lo cual el cura dijo : yo no puedo creer sino que todos los deste linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo : ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Asi es la verdad, dijo el page, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señõra la Duquese y el Duque los celebran mucho. ¿Qué todavía se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo que le envíe presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y asi estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé mas de mí, respondió el page, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó nó, vuestas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es; por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser asi, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el page, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua, y si nó *operibus credite*, et